

MISION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Mater Jesu.
Madre de Jesús.

(JOANN. II, v. 1.)

Todos los títulos de la grandeza de María que la Iglesia solemniza, todas sus glorias, todo su esplendor, van comprendidas en estas sencillas pero fecundas palabras del Evangelio: Madre de Dios, *Mater Jesu*. Nada puede decirse en elogio de la Santísima Virgen, ni más bello ni más honorífico, ora consideremos esta dignidad en sí, ora fijemos la atención en los privilegios gloriosísimos que de esta misma dignidad traen su fundamento y origen. Si atendemos únicamente á la cualidad de Madre de Dios, descubriremos en Ella la gloria más grande que criatura alguna pueda recibir. Y si fijamos la atención en el carácter de Mediadora, que para mayor honra de la Virgen se añade á su título de Madre de Dios, comprenderemos cuánto quiso ensalzar á María Jesucristo, cuán augusta es su Madre, y cuán unida está á su Dios; por manera, que con razon el Evangelio ha reasumido todas las grandezas de María diciendo, que es Madre de Jesús: *Mater Jesu*.

Es un hecho, hermanos míos, que ciertos nombres llevan consigo el testimonio de su dignidad. Entre estos nombres augustos podemos citar, en primer término, el de Dios, y luego el de Madre de Jesús, que no reconoce otro superior al suyo fuera del nombre del Altísimo. No creais empero por esto, que voy á exponer detenidamente el carácter augusto de la divina Maternidad de la Santísima Virgen. Sé que todos comprendéis, desde luego, la excelencia de esta dignidad, como quiera que solo al decir Madre de Dios, se dá una idea de la más feliz y más perfecta de las criaturas. Lo que principalmente me propongo

manifestarós, es; que el nombre de Madre de Jesús no fué en manera alguna estéril para la que lo llevó, puesto que si María tuvo la dicha de dar al mundo un Salvador, éste, devolviendo á María su fecundidad, la enaltece con una brillante auréola de gloria y con el augusto carácter de Mediadora. Los santos padres se hallan unánimes en mostrarnos á la Madre de Jesús, concurriendo á la redencion del género humano, no porque su concurso fuese necesario, sinó porque quiso Dios elevar á su Madre á la dignidad de cooperadora suya.

Tal es la doctrina que me propongo desenvolver para vuestra enseñanza; y á fin de no proponeros cosa alguna que no sea digna de esta augusta Reina, os haré ver: primeramente, á Dios llamando á María, y asociándola, desde el origen de los tiempos, al misterio reparador de Jesucristo; y en segundo lugar, á María respondiendo á la vocacion de Dios, y viniendo á llenar dignamente su carácter de Mediadora. Mediacion de María proclamada por el Todopoderoso, y por el gran corazon de esta Virgen fiel: tal es el asunto y órden de mi discurso. A. M.

En vano los hombres tímidos y preocupados, no quisieron ver en María más que un simple instrumento de la salvacion de los hombres, ni otra cosa que una madre, digámoslo así, material de Dios, y no una Mediadora entre Jesucristo y nosotros. No es así como Dios ha tratado á su Madre. El Señor no tomó de Ella solamente la vida, sinó que la comunicó la suya; y hallando á María digna de tan augusta Maternidad, complacióse en completar sus dones, asociándola á su ministerio reparador. Y ciertamente, si la grandeza de una criatura consiste en su union con Dios, cuanto más íntima y completa sea ésta, más grande y elevada hace á la criatura. Ahora bien: entre María y su divino Hijo existió la union más íntima y entera, una conformidad de pensamientos y afectos tal, que la vida de la Madre del Mediador debía ser lo que ha sido: una vida de Mediadora. A veces, para sentar ciertas verdades, no puede echarse mano sinó de un texto de los sagrados Libros, ó de algun monumento de la tradicion; pero en ésta abundan los conceptos, ora se tomen del plan ó de la economía de la Providencia, ora de la historia de la religion, ora del principio, del fin ó de todo el conjunto de las Escrituras. Jamás se ha mostrado Dios más pródigo de testimonios y favores, que cuando se ha tratado de su Madre.

En las promesas, en las figuras, en la preparacion de los pueblos, en el misterio de la Encarnacion, en todas partes, se deja ver María

asociada á los grandes designios del Salvador del mundo; y tomando las cosas desde su principio, porque en el primer origen de los tiempos fué María revelada al género humano: Pondré, dice el Altísimo al espíritu infernal, enemistades entre tí y la mujer, entre su raza y la tuya; ella aplastará tu cabeza. ¿Lo oís, cristianos? El misterio del pensamiento de Dios se manifiesta; Jesús y María son anunciados al mundo, y anunciados ambos á dos con el título de Mediadores; en términos, que con el fin de que nadie pueda dudar de que María ejecutará con Jesús esta obra divina, se dice: que Ella será la que aplaste la cabeza á la serpiente. Y con su Maternidad se revelan al mundo su mediacion y sus combates con el Infierno. Hé ahí, pues, el germen de nuestra salvacion, y al mismo tiempo el principio del poder y grandeza de María; hé ahí la aurora de sus resplandores y como el primer paso en el camino de su gloria.

Detengámonos un momento en este primer testimonio, del cual serán los demás desenvolvimiento y continuacion, y consideremos como se encadenan mutuamente en los designios del Omnipotente los gloriosos títulos de Madre de Dios y Mediadora de los hombres. Oigamos á san Agustin: «Del mismo modo, dice, que nada de lo que ha sido hecho se ha hecho sin el Verbo, así tambien nada de lo que ha sido rehecho se ha rehecho sin María.» Tal es la doctrina expresada de aquel grande obispo, y adoptada por todos los Padres y Doctores de la Iglesia. Retened bien en la memoria estas palabras que repito: *Nada ha sido hecho sin el Verbo, y nada ha sido rehecho sin María.* ¿De qué nueva obra se trata, para que así la ensalzen á porfía tan elocuentes y santas voces como forman este admirable concierto? Se trata de la obra de rehacer al hombre á imágen y semejanza de Dios. ¿Qué había, en efecto, que rehacer en el mundo, sinó lo que el pecado había deshecho, esto es, la imágen divina borrada, y la semejanza con Dios desfigurada en el hombre? Pues bien: María es la elegida por el Eterno para que trabaje con Él en esta nueva creacion. ¿Cómo? se me dirá: ¿pues no es inmensa la distancia que media entre una criatura, sea quien quiera, y una empresa de tal índole? ¿Qué manos puede haber tan puras, tan potentes y tan creadoras, que sean capaces de imprimir en la frente degradada del hombre el carácter antiguo de su dignidad? Semejante empresa corresponde manifestamente á solo Dios. Así es en realidad, contesto: la sangre de Jesucristo, sola la sangre de ese divino Cordero puede marcarnos con el signo de salvacion. Pero ¿dónde está esta sangre, dónde el divino Cordero? ¡Oh María! tú le darás nacimiento al Cordero, y la

sangre de Jesucristo no será vertida en la cruz sin tu permiso, sin que la entregues en cesion á la tierra y en ofrenda al Cielo. Tan positivo es esto, que ántes de que concibas á tu adorable Hijo, verás como Dios mismo pide tu consentimiento. Dios no quiere engañar el corazon de una madre, el corazon más sensible y feliz que debe salir de sus divinas manos; y hé ahí porque hace brillar anticipadamente á los ojos de María la espada de la Pasion, con el fin de saber si esta espada la espantará, haciéndola retroceder. Más claro: Dios quiere ver si María consiente en estar tan llena de dolores como lo está de gracias, y en constituirse Mediadora de los hombres, al mismo tiempo que será Madre de Dios. No es otra la causa de haberse hecho, digámoslo así, propuestas de parte de Dios á María, y de haber querido el Espíritu Santo como estipular previamente con su Esposa.

Madre de Dios y Mediadora de los hombres son, en la mente divina, dos títulos inseparables. Las razones de esta union no son extraordinarias ni difíciles de comprender. ¿No es una ley general, que los séres produzcan otros séres semejantes á sí? Luego, María, para dar el sér humano á Jesús, debe parecersele. Mas parecerse á Jesucristo por el lado de su naturaleza divina, no era posible, porque esta naturaleza es incomunicable; y si la divinidad se introduce en esta generacion, es por obra del Espíritu Santo. María, pues, será semejante á Jesús en el sentimiento. No hay duda en que una madre, capaz de querer dar la vida á Jesucristo para sí sola, no hubiera sido digna de ser Madre del Dios Salvador, á quien reclamaba en holocausto todo el género humano: una madre tal hubiera detenido á Jesucristo cuando caminaba al Calvario. Hay otra ley general que dá á la madre derechos sobre su hijo. Jesucristo no vino en manera alguna á derogar esta ley, puesto que el Evangelio nota, que Jesús estaba sujeto á María. Recibiendo María un imperio tan excelso, necesitaba, para desempeñarlo, los mismos pensamientos, los mismos afectos, la misma voluntad que Dios. Bajo este concepto, María hubo de conocer, y conoció efectivamente, todo lo que nos daba. Debíó desear con Jesús aquel bautismo de sangre con que Él anhelaba ardentemente ser bautizado; debíó enviar su Hijo á este bautismo, y ofrecernos como en dádiva su muerte, así como nos ofreció su vida. Aquí está la razon de que una misma palabra, el mismo *fiat*, que expresa la resignacion de Jesús al sujetarse al suplicio, se halle en el consentimiento de María al aceptar la dignidad de Madre. La Maternidad divina no la daba motivo, al parecer, sinó para regocijarse y entregarse á dulcísimos arranques de gozo; pero la mediacion tan

grande como terrible que la acompañaba, se le presentó con doloroso aparato, sugiriéndole únicamente estas tranquilas palabras: *Fiat mihi secundum Verbum tuum. Fiat!* Hé ahí el suspiro resignado y creador á la vez, que llega hasta los abismos, para reparar el culpable caos del mundo, y que nos atestigua al mismo tiempo, que nada de lo que vá á ser rehecho, será rehecho sin María. Consiente, Santísima Virgen, acepta esta sangrienta Maternidad, y vén á marcarnos la primera con la divina sangre de Jesús. Jamás olvidaremos que nos aplicas el sello del Cordero, y que no has aceptado la dignidad de Madre de Dios sinó para ser, sacrificando por nuestra salvacion á tu Hijo, la Mediadora de los hombres. De Ti se anunció que aplastarías la cabeza de la serpiente: armada te veo, y no con otras armas que con la sangre de Dios; sangre que, perteneciéndote, lleva consigo tus dolores y sacrificios, tus combates y triunfo.

Ahora ya podemos comprender el verdadero sentido y toda la importancia de la promesa infalible de Dios, ratificada en el curso de los tiempos, á Noé, Abrahán, Isaac y Jacob; promesa que mostraba por todas partes en María, asociada á Jesús, la salvacion del mundo; promesa, en fin, que todos los profetas traen al pueblo de parte de Dios, y en la cual ocupa María su puesto de Mediadora. Si Isaias, describiendo su virginal Maternidad, nos la presenta como poseyendo en sí misma, y arreglando, por decirlo así, las misericordias divinas, tambien Jeremias compara con el mar sus profundos y vastísimos dolores. Este pasaje, que tan bien indica las angustias de Jesús muriendo en la cruz, es asimismo aplicado por la Iglesia á María. Todo lo grande y magnífico que en la tierra acontece, viene siempre precedido de señales precursoras de su llegada; por consiguiente, Jesús y María debían ser anunciados con mayor razon, sin duda, que todo lo demás. Pero sus nacimientos augustos no podían ser declarados sinó por el Cielo, como lo prueba el siguiente raciocinio. Miremos en derredor nuestro, y observaremos, que todo se revela del mismo modo que ha de ser producido. El gérmen anuncia á la planta, la planta á la flor y la flor al fruto, como la aurora al día: de suerte, que á los acontecimientos terrenales preceden signos en la tierra: á los acontecimientos celestiales, signos en el Cielo. Siendo María el gérmen dichoso de nuestra salud, flor de una planta inmortal, fruto de bendiciones de lo alto, aurora, en fin, del Sol de justicia, no podía ser anunciada por voz alguna terrena. Únicamente el Cielo podía declarar lo que solo el Cielo podía producir; esto es: la Madre de un Dios, que cooperará con Él á la salvacion de los hombres.

Anunciando así Dios á María, juntamente con el Salvador Jesús, atestigua nuevamente los elevados oficios de María, y su mision de Mediadora. El tiempo en que han de realizarse tan consoladores anuncios está lejano todavía; y por lo mismo, ha de llenarse esta distancia con figuras y brillantes emblemas de la que un dia ha de aparecer en la tierra. Como Dios no quiere dejar sin consuelo y sin esperanza á Israel, le dá, hasta que la poderosa Virgen aparezca, el nombre, la imágen, la sombra, digámoslo así, de Ella. Todas las figuras que representan á María, á la vez que son extraordinarias, traen el significado de reparacion. María, hermana de Moisés, Judith, Esther, Débora, estas salvadoras del pueblo hebreo, reflejaban la verdadera María; así como Moisés, Josué, Sanson y David, representaban al Salvador de los hombres. Del mismo modo que Dios se había complacido en unir siempre en sus promesas á María con Jesús, así tambien al lado de las figuras que representan á Dios Salvador, se descubren siempre los proféticos y vivos emblemas de nuestra gran libertadora. Tal es la conducta de la Providencia, manifestada de siglo en siglo, hasta que se acercó el tiempo en que todo había de quedar profundamente silencioso; y en ese silencio, nuevo precursor del grande acontecimiento, la realidad sucederá á las sombras, apareciendo la verdad en todo su esplendor. Las divinas promesas parecían olvidadas y como perdidas en las edades, y las figuras sepultadas en lo pasado. De repente, algunas voces humanas, eco fiel de las tradiciones primitivas, interrumpieron con un grito de alerta el profundo reposo de la tierra y de los Cielos. Esta voz no tardó en extenderse léjos; el mundo entero se conmovió de Oriente á Occidente; los pueblos se agitaron; los recuerdos de la tradicion, el cómputo de los años, la necesidad social, la consuncion de las naciones, y ese no sé qué, que el Cielo conmueve cuando llega el tiempo oportuno, todo se despertó como tocado por una potente mano; todo habló, todo profetizó, como si un solo pensamiento ocupase al mundo; el pensamiento del Mesias prometido y de su maravillosa Madre. ¡Tan manifiestos eran los oráculos que desde el Cielo habían anunciado á María!

Y no creais que los judíos fuesen los únicos á quienes agitaba este movimiento; una fé divina, y al mismo tiempo popular, habíase apoderado ya del universo, atraído por una inspiracion desconocida. El vate romano reproducia en su lira los sagrados acentos del profeta, en tanto que los falsos dioses, mudos como sus oráculos, no atreviéndose á hablar en alta voz, murmuraban temblorosos palabras desusa-

das y siniestras. En medio de aquella conmocion general, de la expectation de los pueblos, nació María, sencilla, modesta, ignorando al ocultarse en el Templo su mision altísima, y aguardando, como todos los demás, la salvacion de Dios, sin presumir que tambien Ella era esperada; y tan léjos de pensar en la parte que iba á tener en los misterios de la redencion, que parecía haber renunciado á la Maternidad divina, consagrando la primera, entre las hijas de Jerusalén, su virginidad al Señor. Pero un ángel, cuyo nombre significa fortaleza de Dios; declara á María su divina maternidad. La Virgen consiente, dando de este modo á la salvacion humana la señal y el movimiento. Desde entónces principian las comunicaciones inefables, los secretos de lo alto, y el ejercicio de un ministerio divinamente reparador en la hija de Judá. El Espíritu Santo desciende á cubrirla con su sombra; el Verbo se encarna en las inmaculadas entrañas de la Virgen, presidiendo el Padre omnipotente la obra de la Encarnacion. En este misterio, el hombre fué rehecho á imágen y semejanza de Dios, miéntras Dios se hacía á la imágen y semejanza del hombre. En este misterio, la justicia y la misericordia se abrazaron por mediacion de la poderosa Madre, y María puso mano á la obra más augusta, de acuerdo con las tres divinas Personas. En este misterio, finalmente, está el principio y prenda de otros muchos misterios que deben seguirle, y en que sobresale el excelso y altísimo carácter de Mediadora, propio de la que concibe, lleva, dá á luz, alimenta, y gobierna á su Mediador. Eso es lo que Dios obró; bajo esos auspicios dispuso que la tierra conociese á María. Esa es la vocacion de Dios: vamos á ver ahora como correspondió María á esa vocacion.

Ya habeis visto el órden y el camino que siguieron los consejos del Altísimo; pero si María no hubiese reunido al título de Madre de Dios el de Mediadora de los hombres, su tarea habría terminado: su historia habría concluido luego de haber dado al mundo el Hombre-Dios. Pero no, María: en Ti reside la realizacion de las promesas y la verdad de las figuras; sombras, sí, pero sombras ilustres y solamente sombras cuando se comparan con tu gloria. Borra ahora con el esplendor de una sola vida, disipa la grandeza de cuarenta siglos que están llenos de Ti. Jesucristo, nuestro Mediador, es sacerdote y víctima: asóciate al sacerdote, apodérate de sus divinos dolores, para que diga el mundo, que Jesús y María se han unido en tantos siglos, en tantos oráculos y figuras, solo porque debían estarlo un dia en completa realidad. Venid, cristianos, y vereis cómo se desenvuelven los caractéres de Mediadora. Desde que María fué Madre, nada se le

ocultó de cuanto había de suceder. Instruida de los designios de Dios, vió desde entónces en su Hijo al Salvador del mundo; pero, al mismo tiempo, fuerza es decirlo, veía á un sentenciado á muerte. María lee en el rostro del niño Jesús, hasta en su más agradable sonrisa, el suplicio en que debía morir. Ve al fruto bendito de su vientre crecer y robustecerse en sus maternales brazos para la cruz, y esta consideracion, mortal para el corazon de una madre, será permanente y formará el fondo de la vida de María, á la cual habrá de acostumbrarse. Y no es esto solo: María no podrá prescindir de sacrificar por sí misma á su querido Hijo, y de que, á sus angustias de Madre, venga á unirse al sacerdocio más magnánimo y más noble. La Iglesia, en sus cánticos de amor y gratitud, juntando ambos sacerdocios, bendicirá con Jesucristo á la Virgen que desempeña el ministerio sacerdotal. Elevemos, cristianos, nuestro valor, al mismo tiempo que el espíritu, para no mezclar humanas flaquezas á lo que María ejecutó con tan heroico ardimiento. Dios pudo muy bien confiar á dos de los más grandes hombres que han existido nunca algunos de los oficios de su Hijo. Así suscitó á José, para que le ocultase; y á Juan Bautista, para que le diese á conocer: mas á María la suscitó para dar á luz á Jesús, y para sacrificarle. José y Juan Bautista morirán luego que su mision haya terminado; pero María vivirá para acompañar á su Hijo hasta que espire. Hé ahí la mision de María, que prueba no ser una madre como las demás, sinó que tiene algo de que ellas carecen. María es, en efecto, Mediadora de los hombres, dignidad equivalente á la de Madre de Jesús, de la gran víctima, del gran Sacerdote de la humanidad; por lo cual María se hace tambien víctima y sacerdote con Jesucristo. Cuando se lleva un nombre ilustre, es preciso sostenerlo: Jesucristo se llama Salvador, y María significa Mediadora. Si Jesucristo, pues, sostiene su nombre con su sangre, María sostendrá tambien la nobleza de su dignidad con esa misma sangre que Ella ofrecerá en sacrificio por nosotros: sacerdocio augusto y perfecto modelo para los sacerdotes, que consiste en producir y sacrificar á Jesucristo. Llega, por fin, el dia de reasumir en un solo sacrificio los dolores y el trabajoso ministerio de treinta y tres años. La gran víctima sube al Calvario, pero no sola. Aquí van á manifestarse lo más crudo de la lucha, el valor y el heroismo de María. Jesucristo muere, y María asiste á la sangrienta y prolongada agonía, no muriendo con su Hijo, á fin de mostrar á la tierra, que consiente en la muerte de Jesús, que lo sacrifica verdaderamente, que ofrece este grande holocausto. La Madre, en efecto, debía morir mil veces; pero la Media-

dora vivirá, tomando de su sacerdocio la fuerza y la vida para animar el natural desfallecimiento de la mujer. Todo se ha consumado: los consejos de Dios, la victoria sobre el Infierno, la salvacion del mundo; y el triunfo de María lo proclama el mismo Dios, exclamando al morir: *Consummatum est.* ¡Cabeza soberbia de la serpiente antigua! héte aquí quebrantada. Pocos instantes hace, triunfabas y decías: si este es verdaderamente Hijo de Dios, que baje de esa cruz; y tambien dirías, ó por lo ménos pudiste decir: si esta mujer es la Madre de Dios, ¿por qué no arranca á su Hijo del suplicio? Pero el poder de ese último suspiro de Dios, y ese corazón de Madre despedazado te dominan. Conociste que se derrumbaba tu orgulloso imperio, al sentir como te oprimía el pié vencedor de la Mujer; reconociste á Aquella, con quien el primer oráculo de Dios te amenazó; y tu turbacion y espanto de cuarenta siglos nada fueron en comparacion de este golpe que te hunde y anonada. Ahora te ves forzada á exclamar: ¡Verdaderamente ese Hombre que espira es Hijo de Dios, y esa Mujer que me aplasta es su Madre. Así supo la Santísima Virgen desempeñar completamente su mision. Pero, ni el socorro divino, ni la fidelidad de María, pueden ser perfectamente comprendidos por vosotros, si no os nuestro su mediacion, que sale, por decirlo así, de la misma Maternidad divina, ya que en ésta es donde se encuentra la alta razon y el complemento de todo lo que acabais de oír.

En efecto; hasta aquí hemos visto á María llena de dolores; y sin embargo, me atrevo á sostener, que esta Madre fué feliz, hasta en su más cruel desconsuelo. Tiempo es ya de que se deleite vuestro espíritu en más gratos objetos, á cuyo fin os voy á explicar de que manera Dios, al mismo tiempo que impuso á María un sacrificio tan doloroso, mitigó su pena hasta el punto de que subiese al Calvario. María era ya Madre nuestra; la Madre de Jesucristo sentía la necesidad de darnos á luz por medio de su sacrificio; la necesidad de sacarnos á una vida inmortal, á una dicha tan inmensa como sus dolores. Pues sabed, que María no se constituyó Madre nuestra únicamente al pié de la cruz, aunque allí fué donde Jesucristo nos entregó solemnemente á Ella, sinó que ya era nuestra Madre, si bien de un modo más oculto, no por eso ménos positivo, ántes de que tuviese lugar esta última adopción. María era Madre nuestra solo porque lo era de Dios. Para no entrar en argumentos metafísicos, voy á emplear un lenguaje más popular y más tierno. Jesucristo, viniendo al mundo, hizo hermano nuestro. Tan cierto es esto, que si Jesucristo no hubiese amado á los hombres como á hermanos suyos, María nunca hubiera

llegado á ser Madre de Dios. Ahora bien: ¿podemos dudar que al descender al bienaventurado seno de María nuestro nuevo Adán, dejase de comunicar á su Madre los sentimientos de familia, en términos, que miéntras Jesús viviera de la vida humana de su Madre, ésta viviese tambien de la vida divina de su Hijo? El mismo amor, que había hecho de Jesús un hermano nuestro, ¿no hacía de la Madre de Jesús la Madre de los hombres? No lo dudeis; la humanidad del Salvador que adoptaba la nuestra, hacía que su Madre nos adoptase á nosotros: de modo, que desde el instante de su concepcion, la Cabeza divina del género humano unió á los que son miembros suyos con su Madre. Ésta no pudo amar á Jesús sin amarnos á nosotros con Él, porque amando á su Hijo solo, no le habría amado enteramente. La vida de Jesucristo era nuestra vida, y cada uno de nosotros era objeto de ternura y de afecto para María. María abrazaba á su Hijo único, abrazando con Él á todos los hombres que son sus miembros. María llevaba en sus entrañas á Dios y al hombre; pero al revés de lo que le sucedía á la antigua Rebeca, cuando sentía luchar en su seno á Jacob y á Esaú, como dos pueblos que combaten entre sí rasgando las entrañas de su madre, en las de María, Dios y el hombre, en otro tiempo enemigos y ahora hermanos, comenzaban en su Madre comun los abrazos de paz y de inmortal reconciliacion.

El amor de madre sostenía á la Mediadora en sus pruebas; y Dios, que templa en su bondad los dolores que envía, preparó á la Santísima Virgen un consuelo digno de Ella. La Escritura nos dice, que Seth fué concedido á Eva para consolarla de la muerte de Abel, y el hombre es tambien para la moderna Eva un hijo de consolacion en la pérdida del nuevo Abel; pero si el primero no fué concedido hasta despues de la muerte de su hermano, y cuando la infortunada madre estaba afligida, el hombre, por el contrario, fué dado á María al mismo tiempo que Jesús, no por otra causa, sinó porque María, desde que concibió á su primogénito, conociendo el instante en que éste había de morir, reclamaba el consuelo del dolor que ya entonces sentía. Por eso, mandando á María que sacrificase á su Hijo por nuestra salvacion, quiso Dios darle entrañas de madre respecto de nosotros, á fin de que esta otra maternidad templase el rigor del sacrificio. Contempladla, pues, colocada como Madre de Dios y de los hombres, entre dos crueles extremos: ó ver morir á su Hijo primogénito para salvar á sus hermanos, ó dejar perecer para siempre la multitud innumerable de sus hijos, con la humanidad entera. Estas consideraciones agitaban á María cuando el Arcángel, de parte de

Dios pidió su consentimiento, que no se refería á ménos que á nuestra perdicion eterna, ó á nuestra salvacion. Los padecimientos de Jesucristo pasaron rápidamente por su imaginacion, destrozando su corazon de madre, alentando únicamente con el pensamiento de que la voluntad de Dios, que así lo ordenaba, suavizaria tan grandes sacrificios. Pronunció al fin María la palabra de resignacion, aquel poderoso *fiat*, y quedó constituida Madre de Dios y de los hombres, Mediadora entre Jesucristo y nosotros. Sí; Dios la dará este nombre ántes de espirar. Acércate, tierna Madre, al fatal madero, y atiende las palabras que has merecido oír. Una exclamacion amorosa sale del Calvario para esparcirse por todo el mundo: Mujer, ve ahí á tu hijo. ¡Mujer! ¿Qué voz es la que te dá ese nombre? Es la voz de Jesucristo espirante, la que te designa al género humano por el cual has consentido en su muerte. Jesús pronunció estas palabras para que conociésemos á María como á Madre nuestra. Entre las palabras de Jesús y de María existe un perfectísimo acuerdo. Dice María: Hijo mio, Tú eres mi primogénito, y sin embargo, te sacrifico á la salvacion de todos mis hijos. Tal es el decreto de Dios, tal tu voluntad, y tal tambien la mía. Pero los hombres, no conociéndome aún, ignoran que soy su Madre; ignoran el sacrificio que hago por su bien, y el modo con que se me ha mitigado este dolor. ¡Oh! sepan al ménos, que soy su protectora, su abogada, su más tierna Madre!—Pues bien, contesta el Salvador: ven conmigo al Calvario, y allí, desde lo alto de la cruz, yo les diré quién eres, les manifestaré tu amor, divulgaré, consagraré para siempre estos tiernos nombres de Hijo y Madre, revelándoles tu doble Maternidad, tan noble como sangrienta. Mil veces se ha preguntado, hermanos míos, ¿cómo pudo María, sin morir de dolor, ver crucificar á Jesucristo? La doctrina que os expongo, y las palabras pronunciadas desde la cruz, me explican ese misterio. Entre nosotros, cuando una madre de familia pierde á un hijo amado, sus deudos y amigos la rodean, presentándola á sus demás hijos para consolarla: Hé aquí, la dicen, vuestros hijos, débiles aún, que reclaman vuestro cuidado y apoyo; vivid para ellos, que se hallan en edad tierna; conservaos para su bienestar; mirad por su porvenir; en nombre de vuestros hijos, procurad conservar la vida. Algo parecido á esto podemos imaginar que sucedió al pié de la cruz. En presencia de Jesucristo, que espiraba entre los más terribles dolores, no parecia posible que María viviese. Preséntala entónces el Salvador la gran familia de sus hijos, la humanidad entera, diciéndola para consolarla: Hé aquí á tus hijos: débiles y vacilantes en la fé, como están,

te necesitan; la Iglesia naciente reclama un apoyo, y el ejemplo de tus virtudes. Uno de tus hijos vá al Cielo, en donde un día te reunirás con Él; pero los demás hijos tuyos quedan en el mundo; permanece con ellos para enseñarles el camino de la bienaventuranza. En nombre de tus hijos, en nombre de la Iglesia, resignate á vivir. Madre querida, no mires mi cruz; pero si no puedes apartar los ojos de ella, mírala toda, y por todos lados. Animo, Madre mía, sube á ella conmigo; desde aquí extiende la vista por todo el universo, y al mismo tiempo con maternal abrazo estrecha á todas las generaciones. Hélos aquí; aquí están tus hijos; míralos, recíbelos como á tales. Los dolores de Madre necesitan consuelos de madre.

¡Santa María, Madre de Dios! ruega por nosotros; ruega por nosotros pecadores; pero pecadores resueltos ya á no serlo en adelante. Ruega por nosotros durante la vida, porque ¡ah! millares de enemigos nos rodean, el Infierno nos amenaza, la tempestad ruge por todas partes, y corremos el peligro de perecer. Ruega por nosotros á la hora de la muerte; en esa hora decisiva en que acaba el tiempo y empieza la eternidad; hora en que de todos los bienes que hemos poseido no nos queda sinó una lúgubre mortaja; hora en que de todos los nombres que hemos podido invocar con fiadamente, no nos quedan sinó los de Jesús y María. ¡Oh! haz que estén entónces estos nombres divinos en nuestros lábios! ¡Así podamos, Santísima Virgen, espirar estrechando la cruz de tu Hijo contra nuestro pecho, y con la vista clavada en tu imagen! ¡Así podamos, tanto el que acaba de publicar vuestros loores, como todos los que en este santo templo nos hallamos reunidos, tener con tu asistencia la muerte de los justos, y verte eternamente sentada en tu trono de gloria!